

Lo mejor que la naturaleza
ha dado al hombre
es la brevedad de su vida.

Plinio el Viejo

AHASVERUS

El profesor Raman me recibió con una frase que entonces juzgué excéntrica:

-Celebro conocerle; le invitaría a comer, pero ...

-No importa doctor, ya estoy alojado- mis palabras apagaron el final de las
suyas.

Era un hombre de unos cincuenta años (muchos desde la perspectiva de los
míos), de aspecto cansado, ojos apagados, nariz prominente y modales
cortesés, cuya fisonomía no acusaba ascendencia hindú; estaba a cargo del
Departamento de *Historia de las Religiones* en la Universidad de Madrás.
Dispuso que tomásemos asiento y, sin preámbulos, me explicó por que había
atendido mi solicitud de ampliar estudios en aquel lugar.

-El título de su trabajo es *Leyenda y verdad del judío errante*, ¿Cierto? -sin
darme oportunidad de confirmarlo continuó:- ¿Y cómo es que un intelectual
riguroso se dispone a perder el tiempo en pamemas?. Le diré una cosa, he
seleccionado su instancia entre diecisiete con una sola idea: disuadirle. No
obstante le reconozco el derecho a justificar sus investigaciones; mañana,
aquí y a esta hora, desarrollará argumentos que presten solvencia científica
a su proyecto; también ha de exhibir los documentos que sirvan de soporte a
su tesis.

0-0-0-0

Al día siguiente, a la hora convenida, inicié mi informe con la fábula llegada a Europa por tradición oral: caminaba Jesucristo bajo su cruz hacia el monte Calvario y, casi extenuado, se detuvo ante la casa de Ahasverus para tomar agua y resuello. Cartafilo (la misma persona para los orientales) le despidió diciendo *anda, anda por ahí*; fue entonces cuando se oyó el anatema *también tú andarás, recorrerás la tierra hasta la consumación de los siglos y, cuando tu planta fatigada quiera detenerse, esa terrible palabra que has pronunciado te obligará a ponerte en marcha de nuevo.*

El semblante del profesor no ofreció indicios del efecto que mi relato le hubiese causado; proseguí:

-Quise comprobar estos hechos en los textos cristianos, pero los Padres de la Iglesia nada dicen, tampoco los Evangelios apócrifos, sin duda para ocultar la imagen de un Cristo vindicante. Aparecen en el cenobio de Saint Albans entre los papeles del benedictino Mateo de París, en el siglo XIII.

Le cedí una copia que tomó con inesperado interés, dada su displicente actitud. Musitó:

-Andarás y andarás hasta la consumación de los siglos.

Nada dijo sobre dos detalles facilitados por el monje: Ahasverus jamás podrá reír y lleva en su bolsillo sólo cinco monedas de cobre, ni una más, que se reponen en la medida en que las gasta.

Pasé luego a las modernas aproximaciones de Sue y Jean d'Ormesson. El primero se equivocó absolutamente al identificar el *judío errante* con la clase obrera, condenada por siempre al trabajo y a la miseria; además, orientó su obra a zaherir a los jesuitas -lo que también son ganas- y, sabido es, estos empeños restan crédito a la actividad investigadora. Nada interesante en Eugenio Sue. Otra cosa ocurre con d'Ormesson, pues descubre que Ahsverus amaba sin remedio a María Magdalena, que le abandona para

seguir a Jesús, llegando incluso a ofrecer su cuerpo a Poncio Pilatos si le redimía de morir crucificado.

-No es nada nuevo, creo que lo dijo Charles Brayan: *lo que empieza en mística termina en la cama.*

Ignoré el sarcasmo para mostrarle la recopilación de canciones seculares que Goyri publicó en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* en 1906; en concreto esta:

*A San Miguel das el peso para que pese las almas,
a San Pedro das las llaves para que las puertas abra,
y yo, como soy mujer, me quedas desheredada.
Calla, calla Magdalena, que no te tengo olvidada,
que en el reino de los cielos tengo una silla guardada.*

-Ya, y de esta dulce queja arranca el movimiento feminista.

El doctor Raman estaba dotado para la causticidad, era evidente, pero tampoco esta vez permití que su comentario entorpeciera mi exposición. Continué con ella haciéndole observar la conformidad de lo narrado por el escritor francés y el romance; el lógico despecho de Ahasverus, por causa de amores, y su respuesta de celos y venganza negando al Nazareno descanso y agua. Estos celos humanizan y hacen real, al menos posible, a nuestro personaje y la dura sentencia que soporta.

-Perdón, *su* personaje que, por lo que me cuenta, es el lado doliente de un triángulo escaleno.

Una vez más fingí no oír y le acerqué documentos sobre la estancia del *judío errante* en Rostock, Weimar, Dancing y Libonia; también en Madrid en el año 1575, según testimonio de los embajadores de Holstein. Concluí con estas palabras:

-Nadie duda que las tres grandes religiones monoteístas tienen fuentes comunes, por ello nada prueban, y no perderé el tiempo buscándolas, posibles referencias a Ahasverus en los sutras coránicos o en las masoras de las escuelas rabínicas; por el contrario localizar tales referencias, serían a

Cartafilo, en los adoradores de Brama o en los Mahatmas del Tibet equivale casi a demostrar su existencia, pues es impensable que lo que se pretende sólo mito esté tan extendido, prácticamente universalizado. Partiendo de esa casi certeza, las verificaciones han de hacerse aquí, indagaré en los lugares donde ha sido visto y, quién sabe, quizás llegue a encontrarle.

Creo que ha sido mi vehemencia la que produjo una respuesta relativamente positiva.

-Joven, su método me parece inobjetable y su entusiasmo contagioso; yo como científico me niego a participar en el estudio de algo en lo que no creo. La beca es suya, pero no mi concurso; dispone de la biblioteca de la Facultad y el material del Departamento. Le conviene examinar los fondos del santuario de Gaya. Veo -volvió a los papeles de mi expediente- que conoce el sánscrito, aunque no la lengua munda; le facilitaré un traductor. El tiempo que permanezca con nosotros le será muy útil, mas no para lo que usted espera.

Al despedirme noté burla en sus ojos; salí de aquel despacho convencido de que el profesor no tenía ninguna confianza en mi empresa.

0 - 0 - 0 - 0

Sin embargo, sus últimas palabras fueron proféticas. Permanezco en la India, explico *Historia de las Religiones* en la Universidad de Osmandia y colaboro en las revistas especializadas de mayor prestigio. Todo ello -no lo oculto- es debido a los estudios que hice en Madrás y a los sabios consejos que recibí del anciano profesor; destacadamente el de abandonar la peregrina búsqueda de Cartafilo.

Me dicen que el doctor Raman ha venido para dictar un curso sobre *teosofía y revelación*; dejó todo para ir a saludarle. En el camino hago cuentas y me sale que pasaron treinta años desde nuestra primera entrevista; ha de ser un hombre decrepito y, sin duda, también un prodigio de lucidez longeva. Me esperaba en el estudio que le habían habilitado.

Volví a ver un hombre de unos cincuenta años –joven desde la perspectiva de los míos- de aspecto cansado, ojos apagados, nariz prominente y modales corteses, cuya fisonomía no acusaba ascendencia hindú. Dijo:

-Encantado de volver a verle; le invitaría a comer, pero ya sabe ... cinco monedas de cobre no dan para eso.